



MAZZINI Y LA REPUBLICA

(DE NUESTRA COLABORACIÓN)

Aborrecemos todo dogma. Nuestra posición es fundamental y esencialmente antidogmática. Dogma quiere decir decreto—lo que en latín "placitum"—y no enseñanza; dogma es lo que le pareció o le plugo al soberano, sea hombre o pueblo. Porque hay dogmas populares, lo mismo que hay un despotismo popular. Una mayoría que se impone por la fuerza, de las armas o de los votos, sin discutir, es una mayoría despótica. La democracia, nunca nos cansaremos de repetirlo, es régimen de discusión, de publicidad. El régimen espartano contaba con el voto de la mayoría de los ciudadanos de Esparta, tanto como el ateniense con el de la mayoría de los ciudadanos de Atenas, y aquél era un régimen despótico y éste no lo era. Y en nuestra España de los siglos XVI y XVII, el Santo Oficio y la Inquisición fueron populares, eminentemente populares; respondían a la envidia demagógica de muchedumbres que odiaban al que pensando les obligaba a pensar.

Aborrecemos todo dogma, sea el que fuere, y toda ortodoxia. Aborrecemos la ortodoxia católica y la luterana y la calvinista y la materialista y la atea y la agnóstica. Somos ante todo y sobre todo heterodoxos, herejes, y en sentido genérico. Ni queremos forjarnos un dogma nuestro propio. Si alguien aceptando alguna de nuestras doctrinas cardinales quisiera erigirla en dogma, nos revolveríamos contra él.

Dogma no es axioma. El que los tres ángulos de un triángulo valgan dos rectos, el que los graves caigan con velocidad geoméricamente progresiva, el que los peces respiren por branquias, son hechos, esto es: axiomas, pero no son dogmas. La ciencia tiene principios, pero no tiene dogmas. Y menos los tiene la historia.

Pero donde menos caben dogmas es en política. Una política dogmática, de cualquier dogma que sea, es una política reaccionaria, antiprogresiva. Un principio político no es un dogma ni puede serlo.

Decimos esto por esos monarquistas y republicanistas—más que monárquicos y republicanos—que se empeñan en convertir en dogmas el principio monárquico o el republicano y que hablan de la consubstancialidad de la monarquía con la autoridad y el orden, o de la consubstancialidad de la república con la libertad y el progreso.

La conveniencia o inconveniencia de mantener una monarquía o mejor un monarca, es una cuestión histórica circunscrita, es un problema temporal y local. El más grande acaso de los republicanos del siglo XIX, el gran apóstol de la unidad italiana, aquel cuyo lema era: "Dios y el Pueblo; Caridad y Libertad", el máximo Mazzini escribía en 1859 al rey Víctor Manuel pidiéndole que se pudiese a la cabeza de los patriotas italianos para coher a los austriacos y hacer la unidad de Italia, y acababa: "yo, republicano, pronto a volver y a morir en el destierro para conservar intacta hasta el sepulcro la fe de mi juventud, exclamaré, no obs-

tante, con mis hermanos de patria:—Presidente o Rey, Dios os bendiga, como a la Nación por la que osaste y venciste". Y Mazzini no murió en el destierro, sino que murió en Pisa, en Pisa italiana, en 1872, en la Italia una y libre sobre que reinaba Víctor Manuel por la voluntad del pueblo soberano. Y Garibaldi, republicano también de principios, ayudó al establecimiento de la monarquía de la Casa de Saboya. Pero era que frente al Papado temporal y político una república habría sido débil en Italia. El sueño de Gioberti, una República italiana ginefina, con el Papa por presidente, era el riesgo del republicanismo. Mil veces mejor un rey que un papa presidente de república. Y esto era un absurdo. "La más simple lógica os enseñaba que el papa no puede ser sino monarca absoluto", escribía Mazzini a los ministros de Francia Tocqueville y Falloux en 1849.

No, el republicanismo, al igual que el monarquismo, no pueden ser dogma; en política no debe haber dogmas; ni fuera de la política tampoco. En Italia fué patriótico, hasta para los republicanos, apoyar a la Casa de Saboya, y lo fué mucho después de hecha la unidad. Recuérdese el caso de Carducci. Y en otra nación puede llegar a ser patriótico, hasta para monárquicos, derribar una Casa que sea patrimonial y despótica, imperialista de instinto, extranjera de sentimiento. Y es torpeza insigne querer convertir en dogma lo que no es más que necesidad histórica.

Castelar, que, dígame lo que se quiera, vivió siempre y murió republicano, inventó aquello del posibilismo y llegó a imaginarse que pudiera concordar con la democracia una rama de la Casa de Habsburgo establecida en España, que no ha sido otra cosa nuestra dinastía desde la muerte de Alfonso XII y no sabemos si aun durante ella. El posibilismo es una doctrina política muy sana, es la única política sana. Lo que hay es que puede cambiar en imposibilismo...

Castelar quería que se fuese actuando lo posible. Pero hay cosas que la experiencia demuestra ser imposibles. Y un antidogmático, un hereje, un perfecto hereje en política, puede convenirse de la imposibilidad práctica de concordar una cierta dinastía, o acaso un cierto dinasta, una monarquía, o más bien un monarca, con la democracia y con la libertad y hasta con la verdadera independencia patria. Y entonces este hereje, sin renegar de su herejía, sin aceptar ningún dogma, sin declararse monárquico ni republicano, dinástico ni antidinástico, puede y debe coadyuvar a que ese dinasta deje de ser un obstáculo para la democracia y la libertad y la verdadera independencia de la patria. Y si el déspota no es capaz de dejar de serlo—que para él equivale a convertirse en estampilla,—que se apece del trono. Monárquicos fueron los que en 1868 le obligaron a salir de España a la pobre doña Isabel II.

